

EL TRANSTEVERE.

I.

En rigor etimológico, por Transtevere debiera significarse toda la parte de Roma que se extiende á la orilla derecha del Tíber. Así era en la época del imperio: la region transteverina, décimacuarta y última de las en que Augusto dividió la metrópoli, comprendía una desmesurada longitud de terreno entre la extremidad septentrional, que hacia frente al Campo de Marte, y la punta meridional, que miraba al Aventino; es decir, lo que hoy puede recorrerse desde el puente Milvio ó Molle, fuera de la puerta del Pópulo, hasta donde fué el puente Sublicio, en Ripa Grande. En la moderna distribución de regiones, el *Transtevere* propiamente dicho (la décimatercia) comprende el espacio que hay entre las puertas *Portese* y *San Spirito*; la última region (*Borgo*), que es la décimacuarta, añadida por Sixto V, encierra en sus límites las vastas construcciones de la antigua ciudad leonina ó leoniana (por las murallas que en el siglo IX levantó Leon IV); esto es, el Monte Vaticano con su Basílica y palacio apostólico y los edificios anejos, el hospital de *San Spirito* y el mausoleo de Adriano, hoy castillo *Sant Angelo*.

La imponente mole redonda de este castillo, antiguo sepulcro, es el primer monumento que llama la atención del viajero que se encamina al Vaticano; es decir, del viajero en su primera salida por las calles de Roma.

Siguiendo la dirección del Tiber desde la plaza del Pópolo y la *via de Ripetta*, se llega en pocos minutos, pasando por el teatro de Apolo, al puente Sant Angelo, el segundo de los que ponen en comunicacion la ciudad de las siete colinas con el Transtevere: fué este puente erigido por el emperador Publio Elio Trajano, ADRIANO, por los años 136, con el principal objeto de dar fácil acceso al mausoleo construido enfrente, como á competencia del no lejano de Augusto. Puente Elio y puente de Adriano se llamaba en los primeros tiempos; de *San Pedro* le decian en la Edad Media; de *Sant Angelo* se le denomina generalmente desde el siglo xv, por el castillo en que fué transformado el mausoleo. Adornado este puente en el siglo xvi con la momentánea decoracion de columnas y estatuas para la fiesta extraordinaria de la entrada solemne de nuestro rey Carlos I, V de Alemania, lo fué en el siglo siguiente por el Papa Clemente IX con la misma decoracion, pero durable y monumental: las figuras de carton, que Montelupo habia improvisado en 1533, fueron grandes figuras de mármol en 1668, esculpidas y colocadas bajo la dirección de Bernini (aunque ninguna es obra de su mano), representando ángeles que llevan los instrumentos de la pasion: las estatuas de San Pedro y San Pablo, que guardan el ingreso del puente, pertenecen á la época de Clemente VII, que substituyó con ellas dos pequeñas capillas que de antiguo existian en aquella extremidad.

El mausoleo de Adriano fué una de las maravillas de la Roma imperial: Adriano tenía el gusto de los viajes y del lujo: era arquitecto, y reunia á la vanidad de emperador la ambicion de artista. Augusto habia hecho un mausoleo para sí y los suyos; pero sus cámaras estaban ya llenas: las cenizas de Nerva habian ocupado el último lugar vacante. Para las de Trajano se habia erigido un monumento de primer orden en su Foro: una columna gigantesca les servia de centinela. Adriano ideó otro mausoleo, en frente del de Augusto, que le excediese en proporciones y en riqueza: la obra correspondió á los propósitos de Adriano. Las descripciones, que nos han transmitido los escritores latinos, la que el Papa San Leon hizo en una de sus homilias, refiriéndose á la Roma pagana, no dejan duda acer-

ca de la magnificencia de aquella mole ó cuerpo redondo, de 188 piés de diámetro, revestida de mármol pário, coronada de estatuas de gran mérito, adornada con figuras de bronce, caballos, toros, pavos reales, que contenia en preciosas urnas de oro, de pórfido y de alabastro, las cenizas de los emperadores y sus familias, á contar desde Adriano y su hijo adoptivo hasta Pertinaz y Septimio Severo. La situacion topográfica y la disposicion arquitectónica del mausoleo de Adriano hicieronle apto desde el siglo vi para fortaleza, y en tal concepto su historia está unida desde entónces á la de todas las invasiones y defensas de que Roma ha sido objeto. Para atacar á los godos, arrojaban, en último extremo, los soldados de Belisario, desde las alturas del mausoleo, proyectiles del alcance del Fauno Barberini, que es hoy joya del museo de Berlin. En la Edad Media el mausoleo, que ya llevaba el nombre de *Sant Angel* (por la milagrosa aparicion del Arcángel en tiempo de San Gregorio Magno), fué teatro de las ambiciones de Teodora y de Marocia, y despues de Crescencio, y luégo de los varios perturbadores del dominio de los Papas hasta el siglo xvi, en que sirvió de refugio á Clemente VII y en que vió caer mortalmente herido en sus murallas al Condestable de Borbon.

En el siglo xvii decia nuestro inmortal Cervántes por boca de su Hidalgo: «Al emperador Adriano le sirvió de sepultura un castillo tan grande como una buena aldea, á quien llaman *Moles Hadriani*, que agora es el castillo de Santángel, en Roma.» En estos últimos tiempos, y aún de presente, el castillo *Sant Angelo*, coronado por la estatua en bronce del arcángel San Miguel, que se eleva donde diez y siete siglos hace se ostentaba la estatua colosal de Adriano, si ya no la piña del Belvedere, es la ciudadela de Roma, fortaleza abastecida de todos los medios de defensa, y encomendada á tropas leales, que custodian con noble orgullo la bandera de la justicia, de la legitimidad y de la civilizacion.

Al otro lado del puente, camino del Vaticano (en el *Borgo Nuovo*), está la iglesia de Santa María *Transpontina*, construida en el siglo xvi, con más esplendidez que buen gusto. En la tercera capilla se veneran las dos columnas á que estu-

vieron atados y junto á las cuales sufrieron flagelacion en el Comicio los apóstoles San Pedro y San Pablo, poco ántes de partir para el lugar de su martirio respectivo.

Merece tambien citarse en esta region la iglesia de San Miguel y Magno, tenuta por muy antigua, y en la cual está el sepulcro del célebre pintor Mengs, costeadado por el cardenal Riminaldi. La inscripcion, puesta por Morcelli, viene á ser un compendio de la vida y méritos de aquel gran artista *pictor sui temporis primus*, á quien el rey de España Carlos III tuvo por su primer pintor de cámara y recompensó con merecida largueza. *Deinceps*, dice la inscripcion, *Rex Hispaniarum Karolus III catholicus, principem pictorum suorum dixit et regia munificentia ditavit*. Mengs murió en Julio de 1778, habiendo dejado en toda Europa, señaladamente en España, obras que aseguran la perpetuidad de su nombre y de su gloria.

II.

De los jardines de Domicia, que fueron luégo propiedad de Neron, y del circo de Adriano, que estuvo junto á ellos, no quedan vestigios ciertos en esta region del Transtevere. El campo Vaticano, que en ella se extiende, ocupando la extremidad norte del monte Janículo, ha tenido la fortuna de perpetuar su nombre uniéndolo en constante honor y reverencia al de una institucion sobrehumana, contra la cual no han de prevalecer ni los furores del hombre ni el estrago de los siglos. En el campo Vaticano habia, nos dice Plinio, una encina verde, más vieja que Roma, en la cual se leia un rótulo en letras etruscas, que consagraba aquel árbol á la religion. ¡Admirable vaticinio, en la colina de los vaticinios, del árbol de la cruz, que habia de ser símbolo de una nueva Roma y de un mundo regenerado!

Al pié de la colina, cerca del puente por donde pasaban los triunfadores, y cerca de los prados Quinzios, regados con el

sudor de Cincinato, fueron los jardines y el pórtico de Agripina, viuda de Germánico, y más tarde el circo, en que Neron satisfacía su vanidad de atleta y de auriga, presentándose á luchar y correr en la arena, y sus instintos de fiera sacrificando millares de cristianos, cuyos cuerpos, á manera de hachones, hacia arder en el ámbito de los jardines, para recrearse con una iluminacion no imaginada por monstruo alguno de Oriente ni Occidente. Testigo silencioso de aquellas horribles orgías y de aquellas bárbaras siniestras iluminaciones fué el obelisco, que ahora domina la plaza de San Pedro, y entónces adornaba el circo de Calígula y de Neron: convertidas en cementerio por los primeros cristianos, las grutas vecinas á aquel jardin y aquel circo tuvieron la dicha de oír la voz del Apóstol, y luégo la de guardar sus restos mortales. *Ingredientes vero Romam*, dice el obispo Aurelio en las *Actas de San Marcial*, *incenerunt Apostolum in loco, qui dicitur Vaticanus, docentem multas populorum turmas*. Martirizado el Príncipe de los apóstoles, y puesto su cuerpo en el humilde cementerio que habia sido cátedra de su doctrina, pronto el Papa San Anacleto (que de manos de San Pedro habia sido ordenado presbítero) erigió un modesto oratorio y amplió el enterramiento donde sucesivamente fueron á reposar diez santos pontífices y una multitud de mártires. ¡Qué tesoro de enseñanzas ofrece esta colina por donde en otro tiempo pasaron todas las abominaciones y todos los horrores del pagauismo, de la degradacion y de la miseria! Hemos vuelto á las grutas Vaticanas, despues de recorrer las siete colinas y el campo Marcio, la Roma antigua y moderna. Los templos de Apolo y de Marté se arruinaron; los arcos y los jardines desaparecieron; la plebe transteverina, los fabricantes de vasijas de barro, los judíos vendedores de pajuelas, *transtiverinus ambulator, qui pallentia sulphurata fractis hermatat vitreis*, de Marcial, recorrian el campo en cuyos subterráneos pululaba la semilla de una nueva sociedad. ¡Contraste elocuentísimo! En el Palatino y en el Capitolio resplandecian entónces todas las magnificencias del poder humano, y del Capitolio y del Palatino apénas han quedado más que escombros, miéntras que en el Vaticano, que era cuartel infecto y

enfermizo del populacho, *infamibus Vaticani locis*, que decia Tácito; en la antigua colina de los falsos vaticinios se alza hoy la catedral del mundo y resuena el oráculo de la verdad.

III.

Entre el Transtevere y la ciudad hay algo más que los puentes: hay una isla, formada por la desviación del río, que á los ochenta metros de distancia vuelve á unirse: esta isla tiene, como las colinas, su leyenda, pero no tan antigua como la de aquéllas: se refiere á la época de la expulsión de Tarquino, y á la venganza contra los que conspiraron para restaurar la monarquía: sus campos fueron segados, los haces de mies fueron arrojados al río en tanto número, y tanta mole formaron, que el curso del Tíber se interrumpió, bifurcándose su caudal; las materias acumuladas se endurecieron, hízose á poco por los hombres una especie de terraplen ó muralla y la isla, semi-natural, semi-artificial, empezó á ser poblada, no sólo de gentes, sino de monumentos, y algunos de ellos notables. Sobre el brazo izquierdo del río, es decir, en su ramal más inmediato á la ciudad, está el puente Fabricio, vulgarmente llamado *Cuatro Cappi*, que desde el barrio de los judíos (*Ghetto*) conduce á la isla: al otro lado, es decir, para poner en comunicación la isla con el Transtevere, está el puente Cestio, cuya construcción suponen algunos ser del tiempo de la república, y fijan otros en la primera época del imperio.

Fué célebre la isla Tiberina por el templo de Esculapio, construido en el siglo v de Roma, delante del cual habia una estatua de Julio César, y á cuyos lados se abrían pórticos, donde se albergaban los enfermos: los vestigios del bajo-relieve de Esculapio, con la serpiente enroscada al cetro, que han podido todavía reconocerse en las sustrucciones de Travertino, á la punta meridional de la isla, declaran que allí estuvo el templo famoso, sobre cuyas ruinas hoy se levanta la iglesia de San

Bartolomé, en cuyo altar mayor se venera el cuerpo del Santo Apóstol. Enfrente al de Esculapio habia otro templo, dedicado á Júpiter por el cónsul Lucio Furio, el año 560, que debió de ocupar el espacio en que hoy descansa el convento de San Bartolomé, en cuya plaza se encontró, en el siglo xvii, el arranque del obelisco de granito, que hubo delante de dicho templo de Júpiter ó de Vediove, como le llama el calendario de Verrio Flaco. A la otra extremidad de la isla, y uno ó dos años ántes que el de Júpiter, fué consagrado un templo de Fauno, del cual no queda otra noticia que la que da Ovidio en sus *Fastos*:

*Idibus agrestis fumant altaria Fauni
Hic ubi discretas insula rumpit aquas.*

Ahora, en el lugar donde la isla, con más ó ménos discreción, rompe las aguas, hay un hospital á cargo de los religiosos de San Juan de Dios (*Fate-ben-fratelli*), cuyo instituto recuerda el nombre del español Sebastian Arias y el de D. Juan de Austria, su protector, y aneja al hospital una iglesia, donde se conserva como principal reliquia, el cuerpo de San Juan Calabita, que da también nombre á aquel establecimiento de caridad. Ni uno parecido podemos registrar en la Roma pagana.

El puente Cestio conduce de la isla al Transtevere; un poco más léjos el puente *Palatino* (hoy puente *Rotto*) pone en comunicación directa esta orilla derecha del Tíber con el antiguo Foro Boario, aquella primitiva plaza adornada con el simulacro griego de un buey de bronce, en la cual estuvieron la Basílica Sempronia, sobre cuyas ruinas se levantó luego la iglesia de San Jorge *in Velabro*, y el templo de la Pudicicia patricia, y el de la Fortuna vírgen; y consérvanse todavía el arco de Jano Cuadrifonte y el de Septimio Severo, erigido á este emperador y á su familia por los argentarios y negociantes que ocupaban aquella region. Cerca del puente *Palatino*, el primero de piedra que en Roma se conoció, al pié del Janículo, fueron hallados en el siglo vi de Roma (571), segun escribe Tito Livio, dos arcos de piedra, de las cuales una era el sepulcro de Numa Pompilio, rey de los romanos; y otra con-

tenia los libros del mismo rey: confirman esta noticia Valerio Máximo, Plinio, Aurelio Víctor, Festo, y aún de las palabras de Dionisio de Halicarnaso pudiera deducirse que en su tiempo existía y era de todos conocido el monumento, grandemente insigne, con que el pueblo romano honró á Numa; y añade: *Hoc autem situm est ultra flumen Tiberim in Janiculo*. Si, como de estos y otros escritores se deduce, el sepulcro de Numa era llamado, por una especie de antonomasia, *Monumentum Regis*, no hay dificultad en admitir que á él se refieren estos versos, muy divinamente interpretados, de Horacio:

*Vidimus flavum Tiberim retortis
Littore, etrusco violenter undis
Ire dejectum monumenta regis
Templaque Vestæ.*

El poeta en esta oda señala el templo redondo de Vesta en el *Velabro*, al principio de la *Via Nova*, que es para la topografía un punto fijo y conocido, y deja adivinar que enfrente, á la orilla opuesta, se hallaba el sepulcro de Numa, uno y otro monumento expuestos alguna vez á recibir las aguas desbordadas del rojizo Tiber.

En la dirección del famoso puente Sublicio, de que sólo queda la memoria, se hallaban el templo y bosque de la diosa Furina, donde pereció Cayo Graco, en el espacio que hoy ocupan la iglesia y convento de franciscanos españoles de *Santi Quaranta Martiri* ó de San Pascual Bailon, una de las fundaciones con que en la capital del orbe cristiano acreditan nuestros reyes el noble título de Católicos que llevan.

Los jardines de César, que despues se llamaron bosque de los Césares, dentro del cual estaban el templo de la Fortuna fuerte y la naumaquia famosa de Augusto, hacian de esta parte del Transtevere, que se extendía á la falda del Janículo, un ameno recinto de espléndidas construcciones, que contrastaba con la pobreza del vecino campo Vaticano. En la llanura, como en la cumbre de aquellas colinas, la Roma cristiana ha multiplicado sus monumentos. A la mártir Cecilia, una de las más bellas á interesantes figuras de la historia de las persecuciones,

erigió un templo, que á pocos cede en hermosura, sobre la casa misma que la Santa habitó, y cuya sala de baño (segun se cree) es la capilla especialmente consagrada á su culto. La iglesia debia ya existir en el siglo v, puesto que sus presbíteros titulares suscriben un concilio celebrado en 499 por el Papa Symmaco: el día 22 de Noviembre, fiesta de Santa Cecilia, del año 545, fué allí sorprendido el Papa Vigilio, en ocasión de officiar la misa, por un enviado de la emperatriz Teodora, que violentamente lo llamaba á Constantinopla: en el siglo viii, un presbítero titular de Santa Cecilia, que moraba en la misma iglesia, fué elegido Papa con nombre de Estéban (IV). En el siglo ix, Pascual I, que tuvo la fortuna de hallar en las Catacumbas de Pretestato, en la via Appia, los cuerpos de Cecilia, Valeriano, Tiburecio y Máximo, y de los Papas Urbano y Lucio, reedificó la iglesia y puso bajo su altar mayor las reliquias de aquellos mártires. Consérvase todavía, desde tan lejanos tiempos, una buena parte del mosaico del ábside, curiosísimo é interesante dibujo, que figuraba en ambos lados los dos grupos de vírgenes, descritos en una parábola del Evangelio de San Mateo, y más abajo, tambien en dos grupos, los veinticuatro ancianos del *Apocalipsis*: en medio está el Salvador, en pié entre nubes, con el volúmen de la ley en una mano, y extendida la otra en actitud de bendecir: el artista bizantino puso tambien á los santos Pedro y Pablo, Máximo y Águeda, y á Santa Cecilia, coronada de diadema, radiante de gloria, que presenta al Papa Pascual á las plantas de Jesucristo. Este mosaico, y los de otras iglesias de los primeros siglos, venturosamente conservados en Roma, constituyen, además de una riqueza incalculable para la historia de las artes, un monumento de autoridad decisiva contra los audaces reformadores, que quisieran rehacer á su modo los anales de la Iglesia, abrir abismos y arrojar sombras en el esplendoroso camino de la creencia y de la devoción de diez y nueve siglos. El antiguo templo de Santa Cecilia, restaurado en el siglo xiii, y luégo en el xvi, fué casi por completo renovado, al terminar dicho siglo (1509), por el cardenal Sfrondato, sobrino de Gregorio XIV: el cardenal Acquaviva en el siglo pasado, y

el cardenal Doria en el presente, han contribuido al adorno y embellecimiento de la iglesia, suntuosa en extremo, resplandeciente de mármoles, alabastro, jaspe, ágata y piedras orientales, cubierta de pinturas, rica de monumentos sepulcrales, alumbrada por multitud de lámparas, dividida en tres naves, que sostienen veinticuatro columnas antiguas, que en dos filas de á doce marcan la disposición primitiva de la Basílica, notable, en fin, entre tantas notables de la capital del orbe católico. Sobre el altar mayor, que ostenta cuatro columnas rarísimas de mármol blanco y negro, se alza un precioso templete de arquitectura gótica: debajo está el sepulcro de Santa Cecilia y de los otros mártires citados: una estatua yacente de la Santa, en la postura misma en que fué hallado su cuerpo en tiempo del Papa San Pascual, pasa por una de las mejores obras del siglo xvii: hízola Estéban Maderno, y basta para acreditarle de escultor de primer orden. No debe temer la competencia con la Santa Teresa de Bernini, que está en la iglesia de la Victoria.

No léjos de este insigne santuario, al cual profesan el Transtevere y toda Roma especial devoción, sobre las ruinas del que fué templo de la Fortuna fuerte, erigido por Servio Tulio y restaurado por César y por Tiberio, está la iglesia de Santa María llamada *dell'Orto*, para cuya fábrica hizo los dibujos Miguel Ángel y cooperó también Julio Romano, y cuyo culto sostiene la confraternidad de hortelanos, fruteros y cultivadores de jardines.

El gran hospicio de San Miguel à *Ripa*, con sus famosos telares de tapices, uno de los más vastos y mejor montados establecimientos de Europa, donde la beneficencia unida al trabajo, ofrece asilo á más de cuatrocientos jóvenes de ambos sexos, merece bien citarse entre los monumentos que el Transtevere moderno opone al Transtevere antiguo: monseñor Consalvi (luégo cardenal y secretario de Estado de Pío VII), tuvo algún tiempo á su cargo, y organizó con gran acierto el hospicio de San Miguel.

En la misma region de *Ripa grande*, que pudiera ser un deliciosísimo paseo á la orilla del rio, con vista al monte Aven-

tino y al *Testaccio*, y más léjos á la Basílica de San Pedro, está la iglesia de San Francisco de Asís, en cuyo convento anejo se venera, convertida en capilla, la celda en que habitó aquel maravilloso poeta de la humildad y maestro del amor; allí aparece, por último, como presidiendo á todas las que la rodean, y como una de las más insignes de la Ciudad Eterna, la iglesia de Santa María *in Transtevere*, que está en posesión de ser el primer templo consagrado en Roma al culto de la Virgen. Fué construida en el siglo iii, en la casa ó cuartel donde se alojaban los veteranos inválidos de las legiones imperiales (*Taberna Meritoria*), que el Papa San Calixto I obtuvo del emperador Alejandro Severo. En la noche misma del nacimiento del Salvador (año de Roma 753) habíase visto en aquella morada surgir una fuente de aceite, que por espacio de un día envió al Tíber su extraño raudal, que pronto para los primeros cristianos significó, como dice Eutropio, la gracia de Cristo, que habia de correr y comunicarse á las gentes: la piadosa creencia y la devoción de aquellos primeros cristianos indujeron al Papa San Calixto (año 222) á edificar la primitiva iglesia, dedicándola al *Parto de la Virgen*. Los Pontífices del siglo iv la agrandaron, y sucesivamente los de todos los siglos la han enriquecido de prerogativas, haciéndola título de cardenal presbítero, y parroquia y Basílica y colegial: puede considerarse como un templo de primer orden, que ya en su exterior revela antigüedad y magnificencia. En el pórtico, que ofrece cinco puertas, adornada cada una con cuatro columnas jónicas de granito, sobre las cuales corre un arquitrabe, con gran balcon, balaustrada y estatuas, hay un antiguo mosaico, parecido, por el asunto, al de Santa Cecilia, pero más moderno.

El interior está dividido en tres naves, sostenidas por veinte y dos columnas antiguas, desiguales, procedentes sin duda de templos ó pórticos de la Roma pagana, como que algunas tienen grabadas en la voluta efigies de Isis, Serápides y Arpocrates: en la pared, sobre la puerta grande, están escritos estos versos: